que le aguardaba, con la frase casi lapidaria de "hasta que nos volvamos a ver...en este mundo o donde sea" sin perder la sonrisa. Mi respuesta, como un gesto compensatorio, fue el esbozo apenas perceptible de otra sonrisa.

Algunas semanas después, ya en Varsovia, y casi cuando había finalizado la canción que le había prometido, recibimos un escrito de su sobrina Raquel en el que nos comunicaba el triste y fatal desenlace de Juan. Aunque tal vez la noticia no me pilló por sorpresa, fue como si de repente sintiera un raro impulso de venganza, no se sabe contra contra qué o contra quién, en medio de una sensación rara, como de desconcierto; pero quise consolarme pensando que las alas con las que siempre quiso volar, de continuo recortadas por la ingratitud, habían tomado vuelo sobre un solar donde la indiferencia hacia él y su música había germinado con facilidad. Y entonces me vinieron a la mente algunas de las estrofas de la famosa canción de Horacio Guarany:

"Si se calla el cantor calla la vida porque la vida misma es toda un canto.

Si se calla el cantor muere de espanto la esperanza, la luz y la alegría..."

El verano siguiente, de regreso a La Puebla, aconteció algo extraño, o cuanto menos curioso. Había dado fin al prometido texto y lo llevaba conmigo, junto con otros escritos y pertenencias, en una bolsa de viaje. Pero he aquí que los hados del destino, queriéndome jugar una mala pasada, no cabe duda de que con ayuda de los amantes de lo ajeno, hicieron que la bolsa desapareciera, y con ella su contenido, en la antigua estación de autobuses del Paseo de la Florida. El poema, que infructuosamente he tratado de memorizar en repetidas ocasiones, se borró de mi mente para siempre. Y aunque no soy muy

dado a introducirme en el complicado mundo de santos o demonios ni a fabular con el más allá, el caso es que a veces se me ha pasado por la imaginación, traicionando mis convicciones y sucumbiendo al hechizo del misterio, que bien pudiera suceder que la canción llegara, de manera misteriosa, a manos de su destinatario, allá en su parcela de eternidad, y la haya puesto música y nos la esté cantanto, sin darnos cuenta siquiera, a aquellos que compartimos su amistad. Todo pudiera ser, pues para los sueños y la imaginación no existen las barreras de la lógica ni la racionalidad. Para ello sólo necesitamos un pequeño esfuerzo capaz de mantener esa codiciada serenidad, esa silenciosa quietud que hunde sus fundamentos en el rocoso suelo del convencimiento en nuestras propias creencias, de la confianza en uno mismo.

De fondo, entre los quejumbrosos chirridos de una antigua casete, suena uno de sus temas: "Comenzamos a cantar nuestra canción / los instrumentos nos vuelven a acompañar. / Dicen que el hombre nació para el amor / y para compartir con todos los demás..."

...Un amor que tiene muchas formas, pero que en esencia es uno.

"...Comenzamos a cantar nuestra canción / y en nuestra cama volvemos a soñar / pues ya sabemos que con imaginación / la creación nunca se terminará..."

"Imagina que no hay posesiones, / me pregunto si puedes, / ninguna necesidad de codicia o hambre, / una hermandad del hombre. / Imagina a toda la gente / compartiendo todo el mundo (Imagine all the people / sharing all the world) ...", cantaba John Lennon.

¡Y qué poco nos costaría en ocasiones quitar el azogue a los espejos y ver lo que hay detrás de ellos en vez de complacernos continuamente ante nuestra propia imagen!













LA PUEBLA DE MONTALBAN (Toledo)